La vida del Gran Capitán

Según una Historia de Córdoba, inédita, del siglo XVII, del Padre Jesuita Alfonso García de Morales

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO XXXXIII

Prosigue su victoria el Gran Capitán, rindese Gaeta y el resto del Reino, echa todos los franceses dél.

Otro dia, después de tan gloriosa victoria, habiendo dado gracias al Sr. de cuyas manos le vino, y recibido mil parabienes de sus capitanes y soldados, algunos dados con no poca vergüenza y temor de lo pasado, que la mala conciencia es mil testigos: después que dió refresco a su gente, que de agua, frío y hambre habían padecido largamente, con la gente victoriosa y alegre, llegó a vista de Gaeta, batió el Monte de Orlando, halló poca resistencia, ganolo con facilidad, huyendo los enemigos, arrojáronse a los muros de la Ciudad, salieron a rendirse 50 hombres de armas, y lo mismo hiciera su capitán el Conde de la Mirandula, si el Marqués de Saluces no le detuviera, como general vencido y cercado, pidió al Capitán que entregaría a Gaeta y Roca de Mondragón y los prisioneros españoles e italianos con que diese S. E. libertad al Sr. de Auberni y a los demás franceses e italianos presos, y que los pocos franceses que vivos estaban se saldrían luego del reino. No le pareció mal al Gran Capitán los conciertos, asentáronse bien, dieron rehenes de la parte de España Pedro Núñez de Herrera, bailío que fué de Lora, valeroso soldado hijo del Marqués de Priego D. Pedro, que era mozo de poca edad, y a Pedro de Paz; y de Francia al Sr. de Dura y al Barón de Beran, hasta que se entregaron los lugares a 3 de enero de 1504. Dió la tenencia de Gaeta a Luis de Herrera, su deudo: alzáronse en el castillo con gran regocijo y alegría pública las banderas por España, y los franceses, bien pocos y bien maltratados, se embarcaron para Francia. Envió a Alonso de Carvajal y a Diego Fernández de Córdoba su sobrino, con 200 ginetes y 2.000 peones al estado del Prefecto, que luego se allanó, y al Abruso al Duque de Termens, contra algunos lugares del Marqués de Vitonto y contra el Conde de Capacho a Pedro Navarro, que lo allanaron todo. Gómez de Solis tenía cercado en Rosanno a su príncipe; lo demás del Reino todo sujeto a Castilla.

Echados los franceses de todo el reino de Nápoles y los Sres. rebelados parte presos, parte tan apretados, que estaban en vispera de rendirse o salir del reino, dejando buen presidio en Gaeta, dió la vuelta a la ciudad de Nápoles, recibiéronle con Real aparato y

triunfo. Acabada la guerra, ordenó las cosas de la paz, reformó el Consejo y sumaria de quien dependían las cosas de justicia y la seguridad de la Hacienda real: hizo llamamiento general de todos los Señores y Varones y Universidades, juraron todos fidelidad al Rey católico, a quien reconocieron por Rey y Sr.: premió larguísimamente los que habían servido bien en las guerras pasadas y castigó los insultos hechos en ellas: fortificó los baluartes de S. Telmo, reedificó el castillo nuevo, con más fuertes fortificaciones a Gaeta y Capua y otros lugares: algunas compañías de españoles de poco efecto y mucho gasto, gente libre y desenvuelta, para estorbar agravios, envió a España, y la demás infantería repartió donde era más necesaria. Por orden del Rey católico hizo mil mercedes a los Vecinos y Colonas; éstos sintieron no poco el aumento de sus contrarios.

Tratáronse treguas entre el Rey católico su Señor y el Rey de Francia, admitiolas el Gran Capitán y las hizo pregonar: la 1.ª condición, que el Rey católico quedase con la posesión del Reino entero de Nápoles, tan bien ganado dos veces: la 1.ª vez por su tío el Rey D. Alonso, y la 2.ª por el Gran Capitán; 2.ª, que ninguno tuviese armada de mar; 3.ª, que si algún Barón se rebelase y al Gran Capitán le hiciese guerra, no por eso se entendiese estaban quebradas las treguas. Aunque las admitió y pregonó, no se fiaba del francés, que de secreto hacía leva de gente y eligió generales al Duque de Ferrara y Mantúa: conservaba el Gran Capitán la suya, ejercitándola en sus ordinarios ejercicios de guerra. En este tiempo cayó en una enfermedad peligrosísima el Gran Capitán, hubo mil pareceres y principios de mudanzas en todas partes con ella: dióle Dios salud y todos los rumores se apagaron y el reino quedó en pacífica posesión de España y el Gran Capitán, virey y Capitán general dél.

CAPÍTULO XXXXIV

Quejas contra el Gran Capitán, créelas el Rey católico, trata de traerlo a España. ::: ::: :::

No pudieron los Colonas sufrir la liberalidad que se usó con los Ursinos, sus contrarios, y como originadas por la mano del Gran Capitán, contra él se volvieron desagradecidos a haberlos hecho hombres en honra y estados, juntáronseles otros quejosos de poco y que no merecían nada: acusáronle que hizo más mercedes que si fuera Rey en daño de la Corona: que se hizo dueño de todo, disponiendo de ello como tal: que a la gente de guerra hacía demasiado favor y no remediaba sus insolencias: que empeñó las Rentas reales, haciendo franquezas: que dejó de pagar a muchos lo que se le debía: a Juan Claver no dió el estado de Alonso de S. Severino, habiéndolo ordenado el Rey se le diese. Creyó el Católico las más de estas quejas, porque le parecía daba pequeña relación de las cosas que hacía en aquel reino; que daba estados y oficios sin orden de España a los que habían servido, y aunque en muchas cosas de éstas procedía el Gran Capitán como quien había conquistado aquel reino con su sangre, parecíale se había en todo como Rey y Señor: temió más el Rey católico cuando supo le había ofrecido el Papa y el Reino la investidura del de Nápoles, en que se descubrió su grande lealtad, como dice Zurita; Juan Bautista Spinoli halló se había gastado en el ejército y guerras pasadas 800 mil ducados, acumuló por su parte este gasto, pero mostró el Gran Capitán en qué y cómo con cédulas bastantes, con espanto de todos. El Rey católico dió bien que decir al mundo

cuando quitó la tenencia del castillo nuevo a Nuño de Ocampo y se la dió a Luis Peiro y la de Galípoli a Diego Fern.z de Córdoba, sobrino del Gran Capitán y la dió a Don Antonio de Cardona y le envió licencia para que se viniese a España. Próspero Colona, no contento con lo que había escrito en persona, vino a Castilla a descomponer al Gran Capitán, y los Ursinos, en todo esto guardó una constancia de ánimo grande y paciencia ejemplar. Escribió al Rey escusándose de muchas cosas que le oponían y pidiéndole conservase a Próspero Colona, pero que no desechase a los Ursinos: sus enemigos triunfaban con estos desdenes del Rey.

Murió en este tiempo la Reina D.ª Isabel, gran protectora del Gran Capitán, entraron mayores sospechas en el Rey si daría aquellos reinos a D. Felipe, heredero de Castilla, y aunque le escribió el Gran Capitán le sería leal vasallo y le conservaría aquellos Estados en la Corona de Aragón, no sosegó. Envió a su secretario Juan López de Vergara, escribiendo al Rey que no debía creer mengua de quien no había deshonrado su corona, que le diese licencia le sirviese en otra parte y vería su lealtad otra vez, y que si le era grave en su reino por algún respeto, en ajenos viviría, que muchos Reyes y señores le convidaban. Quejóse con razón se diese más crédito a Próspero Colona, hijo extraño, que a un hijo propio y criado en su casa, que a costa de su sangre había ganado dos veces el Reino de Nápoles: que estaba muy consolado no le podría acaecer cosa tan contraria que para él fuese adversidad ni la debía tener por tal, porque siempre estimó en más que todo tener su conciencia (tranquila) y honra tan libres como estaba de presente, y que tenía por bien conociese todo el mundo su sufrimiento, templanza, fidelidad, ofreciéndole el Papa y Reino todo la Corona y rehusándola él en medio de sus agravios e injurias. Oyólas el Rey y admitió en parte su satisfacción.

En este tiempo Próspero Colona, de quien tanto fiaba el Rey católico contra el Gran Capitán, supo que con las paces hechas entre Francia y España, habían de volver a sus Estados los franceses echados de Nápoles, dice Zurita, grande y verdadero historiador, que como él tenía muchos y otros D. Antonio de Cardona, Marqués de la Padula y Don Juan, su hermano: ofrecieron de secreto el Reino de Nápoles al francés; como prudente no los oyó y con el deseo de conservar las paces: bien se puede rastrear de este caso las pretensiones de los contrarios del Gran Capitán. El Rey católico, con deseo de traerlo a España, temiendo no diese aquel reino a D. Felipe, su yerno, le escribió con Vergara su secretario, le aseguraba por su fe y palabra real y juraba a Dios y a la Cruz y Santos cuatro Evangelios, que en llegando a España resignaría en su favor la admon. de Santiago, que se viniese luego, y señaló virey a su hijo el Arzobispo de Zaragoza. Llegó estos días una carta de D. Alonso de Castilloto, hijo 2.º del Duque de Fernandina, en que avisaba al Rey D. Fernando que estaba el Gran Capitán muy prendado del Rey D. Felipe de Castilla, su yerno, para que le diese el Reino de Nápoles: con esta nueva sospecha tan leve, determinó el Rey católico prender al Gran Capitán, cosa que tan grande estampido había de dar en el mundo: comunicólo con D. Ramón de Cardona que había ido por las galeras en que pasase el Arzobispo y el Conde Pedro Navarro; no fué tan secreto que no faltó quien se lo escribiese al Gran Capitán y aunque no vivía tan al descuido que con él se pudiese usar de ese desacato, escribió una carta al Rey de este tenor:

«Por esta letra de mi mano y propia y leal voluntad escrita, certifico y prometo a Vuestra Alteza, que no tiene persona más suya ni cierta para morir y vivir en su servicio que yo, y aunque V. A. se redujese a un solo caballo y en el mayor extremo de contrariedad que en el mundo pudiese haber y estuviese en mi mano la potestad y autoridad, dél la diera Vuestra Alteza y que no he de reconocer otro Rey y Señor, en cuanto me quisiese por siervo y vasallo. En firmeza de lo cual, por esta letra de mi mano escrita, lo juro a Dios como cristiano y le hago pleito homenaje de ello como caballero y lo firmo de mi

nombre y sello con el sello de mis armas y la envío a V. A. porque tenga de mío que hasta agora no ha tenido, etc.—D. Gonzalo Fern.z de Córdoba».

Contento el Rey católico con esta carta sobreseyó de la idea de su hijo el Arzobispo, alabando la lealtad y valor del Gran Capitán. Fué de grande importancia este papel porque todo el mundo estaba suspenso qué haría el Gran Capitán, viendo que aunque era Nápoles reino del católico D. Fernando, se había conquistado a costa de Castilla, de que era ya Sr. y Rey D. Felipe Archiduque de Austria y Conde de Flandes por su mujer Doña Juana hija de la Reina D.ª Isabel, suyo era el Reino en propiedad: aunque en breve murió Don Felipe y volvió el Rey D. Fernando al gobierno de Castilla por ser muy niño su nieto D. Carlos.

CAPÌTULO XXXXV

Pasa el Rey D. Fernando a Nápoles, recibimiento que le hizo el Gran Capitán, hácelo Duque de Sesa.

Las pesadumbres con el yerno, miedos del reino de Nápoles, el secreto trato de los Colonas, deseo de ver el nuevo reino, obligaron al Rey católico pasar al Reino de Nápoles: dejó a su hijo el Arzobispo en el Gobierno de Aragón y a D. Hernando Fotch de Cardona, su primo hermano Duque de Cardona en Cataluña: avisó de su partida con Don Carlos de Atagón y Nuño Ocampo, que fué a 4 de Sept.e, llevaba en su compañía algunos señores de Aragón y a D. Ramón de Cardona, general del armada real. El Gran Capitán en la suya salió de Nápoles a 7 y de Gaeta a 13 del mismo, acompañábanle muchos señores y caballeros, dejó en su lugar a D. Antonio de Cardona, marqués de la Padula; cerca de Génova se encontraron las dos armadas: entró en la Real a besar las manos al Rey, echando delante todos sus caballeros: recibióle S. A. con grandes muestras de alegría: dijo en público grandes alabanzas de su persona y de su lealtad y que siendo tan valeroso caballero y tan su servidor no era razón que la fama de su fidelidad estuviera en alguna parte dudosa: aportaron todos juntos a Gaeta a 19 de Octubre: detúvose algunos días, porque se lo suplicó la ciudad de Nápoles, preparándose para el recibimiento, que en todo fué real. Primero de Noviembre salieron 20 galeras aderezadas riquísimamente, recibieron en la Capitana a S. A. y a la Reina Germana de Foc, su mujer: en la playa de Nápoles desembarcó, llevando del brazo a la Reina por una puente que se hizo en el desembarcadero que se remataba en un hermoso arco: juró allí sus privilegios: estaba la marina poblada de gente, dió a Fabricio Colona el Estandarte real, haciéndolo su alférez, iba delante toda la nobleza de Nápoles, púsose Fabricio Colona delante de la guardia del Rey, hízole pasar adelante el Gran Capitán en compañía de los Reyes de Armas, muy cerca del palio que llevaba el Regimiento, iba el Gran Capitán con una ropa de raso carmesí abierta por los lados, aforrada de brocado, un sayo rico de canutillo de oro: en torno dél iban sus alabarderos y gentiles hombres vestidos de seda con su divisa: luego los Embajadores y Cardenales; el último, el Rey en un caballo blanco vestido de ropa rozagante de carmesí peto forrado en raso carmesí, collar muy rico y bonete de terciopelo negro: la Reina, en una hacanea con cota de brocado y capa francesa, sembrada de lazos verdes; llevaban los barones el caballo de rienda y la hacanea. Con este orden se

pasearon por la ciudad, llegaron a la Iglesia mayor donde las Religiones y Clerecía los recibieron con grande música, fueron a apearse al castillo nuevo. Otro día salió Su Alteza a visitar al Gran Capitán y la Duquesa su mujer, acompañados de todos los títulos y barones, y en todo lo público le hizo tanto favor cuanto ningún Rey hizo con vasallo. Juntó Cortes, restituyó a los señores desposeídos en sus Estados, por haberle pedido misericordia: con ella quedaron desposeídos de ellos quien los gozaba y merecía por sus valerosos hechos. D. Antonio de Cardona, D. Juan, su hermano; Manuel y Valencia de Benavides, Pedro de Paz, Antonio de Leiva, Hernando de Alarcón, Gómez de Solis, el prior de Mecina; Luis de Herrera, Juan Piñeiro, D. Pedro de Castro, Diego García de Paredes, el capitán Coello, Mosen Mudara, el comendador Aguilera, Gonzalo Dávalos, Alvarado, Pedro de Hoces.

Compró el Rey D. Fernando el Estado de Sesa y con título de Duque lo dió al Gran Capitán, la cédula de merced es la que sigue:

«Nos D. Fernando Rey de Aragón, etc., etc. Como los años pasados vos el ilustre Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Santangelo y de Terranova, marqués de Vitonto y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy caro y muy amable primo y uno del nuestro secreto consejo: siendo vencedor hiciese guerra bienaventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses y mayores que los hombres esperaban, y asimismo por nuestro consentimiento como por apellidamiento de todas las naciones para siempre alcanzaste nombre de Gran Capitán, siendo nuestro Capitán general en Italia, por nada pareciónos era cosa justa y digna de Rey para memoria perdurable de los venideros dar memoria y testimonio de vuestras virtudes, y contando el agradecimiento que vos tenemos daros y escribiros ésta con que confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentaste, que parece cosa regia poderos dar digno galardón, y acordándonos otro sí, como en breve tiempo retuviste en el reino de Nápoles al Rey D. Fernando, casado con nuestra sobrina, echando del dicho reino los franceses, el cual muerto después el Rey D. Fadrique, su tío y sucesor, vos dió el señorío del Monte-gargano, que llaman Monte de Santangel y de muchos lugares que están cerca dél, con título de Duque; por lo cual vuelto a España honradamente vos recibimos, y acordándonos otro sí, como enviádoos otra vez a Italia, requiriéndolo la necesidad y el tiempo ganaste diestramente la Chefalonía isla del mar Sonio, ocupada de los turcos; de la cual, volviendo ganaste la Pulla y Calabria por lo cual vos ratificamos e hicimos Duque de Terranoba y Santangelo, y finalmente después de la discordia nacida entre nos y Luis rey de Francia sobre la partición del dicho Reino, estuviste mucho tiempo con todo el ejército en Barleta, sufriendo hambre y pestilencia asaz, y saliendo de ella diste batalla a vuestros enemigos, casi en el mismo lugar donde Aníbal venció a los Romanos, donde seguiste y venciste a los franceses cerca de Cirinola y los despojaste de mucha y buena artillería, señas y banderas con el sufrimiento de Fabio, dictador romano, destreza de Marcelo y presteza de Julio César, y acordándonos asimismo cómo entraste en Nápoles y ganaste dos castillos muy fuertes, después asentaste real en el medio del invierno con grandes aguas cerca del río Garellano y estando los enemigos de la otra parte del río, haciendo vos y los vuestros otra puente pasaste de la otra parte, y dándoles batalla los venciste, matando los más y cautivando muchos, a los demás metiste por las puertas de Gaeta, y así se os rindió la Ciudad y todo el Reino, pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que de ellas quedará perpetua memoria, con la sagacidad y esfuerzo con que ganaste a Ostia, de donde echaste los franceses y de todo el reino de Nápoles, donde fuiste nuestro virey por tanto os hacemos Duque de Sesa, etc., etc. Luego dió en público testimonio rea firmado y sellado con su sello, signado de su secretario Almazán, en que declaraba porqué había corrido no sé que falso rumor, que no tenía vasallo más fiel y leal y a quien más debiese: pidióle se viniese con él a España, ofreciole de nuevo el maestrazgo de

Santiago y alcanzó del Papa bula para renunciarle por medio del Embajador Antonio Agustín, en tiempo que se lo pedían por General la Señoría de Venecia y Génova, cada una de por sí. Señaló virey de Nápoles a D. Juan de Lanuza, virey de Sicilia, y porque murió luego nombró a D. Juan de Aragón, su sobrino, conde de Ribagorra, que lo fué pocos días, últimamente a D. Ramón de Cardona, virey que era de Sicilia, que lo fué de Nápoles mucho tiempo.

CAPITULO XXXXVI

Viene a España el Gran Capitán, lo que le pasó al salir de Nápoles y con el Rey de Francia y en otras partes de España.

Determinado de acompañar a su Rey y Sr. y salir de Nápoles, el Gran Capitán repartió grandes dones, dice Guiciardino, a los capitanes y soldados que le sirvieron y quedaron no tan bien premiados del Rey y para esto vendió parte de sus Estados: mandó pregonar que si debía alguna cosa a alguno acudiese que se la pagaría, y lo mismo hicieron sus capitanes, y les ayudó con dineros para ello. despidióse de los señores del Reino con notable sentimiento: al fin salió de aquella gran Ciudad, con acompañamiento de toda ella, con tantas lágrimas como si perdieran su padre: llevaba más número de capitanes y caballeros consigo que la persona real. En Génova le presentaron dos ricas fuentes de oro: llegó a Saona con el Rey católico donde esperaba el de Francia: entró el francés en la Galera real con notable confianza y con la misma saltó en tierra, el Rey D. Fernando a mano derecha del francés y la Reina Germana en medio, y el más cercano a las personas reales, el Gran Capitán, y dice Guiardino, que salía más gente a verlo como a cosa tan rara en el mundo que no a los Reyes. Pidió el francés un día, cenando con el Rey católico, hiciese sentar a la mesa al Gran Capitán; dada la licencia, lo rehusó cuanto pudo, y al fin comió con los Reyes de rodillas en una almohada, por dejo de la comida y postre, se quitó una riquísima cadena que le ofreció Nápoles después de sus victorias, con estas letras S. P. L. Neapolitanus gallis de victis: Suplicó al Rey de Francia la recibiese en señal de su voluntad y que iba él ya vencido de la merced que S. A. le había hecho: admitióla con gran voluntad el Rey y en retorno le dió toda su vajilla; estábaselo mirando muchos ratos y admirándose de ver un hombre de tan lucidas y honrosas partes de calidad, gentileza, fortaleza e ingenio. Embarcáronse y con buen temporal llegaron a Barcelona, saltando en tierra de España le tentó una fiebre, fué necesario detenerse algunos días, hasta que convaleciendo se partió a Valencia: ordenó la Reina Germana, le saliesen a recibir todos los Estados de aquella lucida Ciudad: enviáronle mulas y caballos para él y sus criados y caballeros: el recibimiento fué tal, que todos los que se hallaron presentes afirmaron que sólo faltó el palio para ser recibimiento real, porque demás de la gente eclesiástica, Grandes, caballeros ricamente ataviados, estaban las calles, plazas y ventanas pobladas de todo género de gente: hospedóse en las casas del Conde de Oliva, muy bien aderezadas; había en cinco cuadras otras cinco camas de brocado y rica tapicería con grande abundancia de conservas, frutas y olores. Habiendo descansado algunos días, repartió cinco mil varas de seda para que se vistiesen los criados de su casa: despidióse de las personas de respeto y salió de Valencia con no menos acompañamiento que había

entrado. Por los caminos salían a verlo y recibirlo como cosa venida del cielo. Llegando a Burgos, mandó el Rey católico saliese la Corte toda a acompañarle en su entrada, Prelados, Grandes, títulos, caballeros, Presidente del Consejo real y los Consejeros todos, Inquisidor general y los del Supremo Consejo de Inquisición, Presidente y Consejo de órdenes, Contadores mayores, Comendadores mayores con los caballeros de su hábito, la Justicia y Regidores de Burgos: llegando a Palacio por su orden, los caballeros de su casa besaron al Rey las manos; después el Gran Capitán, a quien levantándose de la silla lo abrazó tiernamente, alabando mucho su valor y hazañas grandes, con el mismo acompañamiento se fué a su posada. Asistió en la Corte muchos días, no tanto por su pretensión, como para hacer pagar los buenos servicios de tantos y tan valerosos caballeros que no fueron premiados en Nápoles, habiendo servido famosamente a su Rey. Tenía hecho voto de visitar el sepulcro del Sto. Apóstol, partióse con su casa a Santiago de Galicia, recibiéronle como a Rey, hospedólo el Arzobispo D. Alonso de Fonseca, gastó no poca cantidad de ducados en regalarlo y servirlo en una grave y peligrosa enfermedad que en su casa padeció: todo lo que sus criados hubieron menester, ordenó se les diese y él salió a pagarlo con gran liberalidad. Habiendo visitado el cuerpo del glorioso Apóstol con notable devoción y ternura y despedido de quien tanta merced le había hecho, se partió a la Corte a su pretensión del Maestrazgo de Santiago, todo se le fué en largas y más largas respuestas y dilaciones.

CAPÍTULO XXXXVII

Otros trabajos del Gran Capitán, deséanle por Capitán general, el Papa, Emperador y otros Príncipes :: :: ::

Año 1507, estando bien quejoso el Gran Capitán del Rey D. Fernando que no le cumplía la palabra, le ofreció el Papa el oficio de Capitán general de la Iglesia con 60 mil ducados de rentas, sintiólo el Rey católico y más cuando le dijeron unos personajes, que tienen por de porte adular, que Su Santidad quería dar el reino de Nápoles al desposeído Don Fernando y casado con la hija única del Gran Capitán: mas temió viendo se unían todos los Grandes con él y ayudaban a sus quejas: mandó le hiciesen nuevo juramento de fidelidad, y dió al Gran Capitán la ciudad de Loja en recompensa del Maestrazgo, merced que no quiso aceptar. Año 1508, el Emperador Maximiliano envió de secreto a pedir al Gran Capitán, sabiendo cuan avasallado le tenían, le viniese a servir de Capitán general en la guerra que comenzaba contra venecianos; pidió licencia a su Sr. el Rey y siempre se la negó. El año 1510, segunda vez, Su Santidad le ofreció el cargo de Capitán General de la Iglesia contra Francia y también lo estorbó: unidos el Emperador y el Rey católico, le pidió se le enviase por General del Imperio y no quiso: el Rey de Inglaterra le pidió lo mismo. Al fin no había Sr. que no desease tener a su lado tan grande y valeroso capitán. Año 1507, sucedió un alboroto en la ciudad de Córdoba: unos criados del obispo D. Juan de Aza quitaron un preso a los oficiales reales: envió el Rey para castigar los culpados al Lic Hernán Gómez de Herrera, su alcalde de Casa y Corte; con orden del Consejo hizo notificar al Marqués de Priego, D. Pedro Fern.z de Córdoba y a su hermano D. Fran.co Pacheco de Córdoba, Sr. de Almuña, se saliesen de Córdoba; estuviéronse quedos en sus casas, y cuando entró en la Ciudad el Alcalde, le envió el Mar-

qués a decir no usase de su comisión sin esperar nueva orden de su Rey: respondió que no quería, notificóse saliese luego de la Ciudad Su Señoría. Juntó el Marqués al Corregidor y 24.os, representóles los grandes daños que se siguirían de la Comisión del Alcalde, pues comenzaba por él y su hermano D. Francisco. Irritáronse con tanto extremo todos, que pidiendo favor el Alcalde a la Ciudad, no se lo quisieron dar y yendo a la cuadra a hablarles y pedirlo con veras, le cogió el Marqués de la mano y ordenó a sus criados le llevasen preso a su fortaleza de Montilla, atado de pies y manos sobre una acémila con dos alguaciles. Túvolo algunos días preso con guardas, después lo hizo soltar, mandándole no volviese a Córdoba, sopena de la vida, caminó hasta Adamuz, y sabiendo se había allí detenido le echó por fuerza, recogióse en el Carpio, volvió el Marqués a Córdoba y echando fama quería guardar la Ciudad de pestilencia, que se decía había en Andalucía, cerró las puertas de la Ciudad, poniendo en ella guarda. Indignóse el Rey católico del caso, hizo juntar mucha gente en Castilla y con ella caminó de prisa a Córdoba: escribió a la Ciudad que él tenía bien conocida su lealtad, que no iba sino sólo a castigar al Marqués, y ordenó a D. Diego López de Haro, Sr. del Carpio, les asegurase de esta verdad. El agravio se le hacía al Gran Capitán, por ser el Marqués su sobrino, hijo de su hermano D. Alonso de Aguilar: entró un día al Rey acompañado del Condestable y Duque de Alba, pidió y suplicó del virtuoso S. A. que el Marqués era mozo y que D. Alonso su padre había muerto en servicio de Dios y de su Rey, y que no le decía mirase lo que él le había servido: respondió el Católico con demasiada cólera y enojo; el Condestable dijo que eso merecía quien servía a semejantes señores, que deseaba salirse del Reino por tales cosas. El Marqués vino por orden de su tío a presentarse al Rey, mandole S. A. no llegase cinco lugares de la Corte y que diese luego memoria de sus fortalezas y lugares, obedeció en todo, dióse la tenencia de ellos a particulares caballeros, la de Priego, a Gonzalo Ruiz de Figueroa. Entró en Córdoba el Rey católico, hizo poner al Marqués en prisión con buena guarda en Trasierra, ejecutó en criados suyos justicias rigurosas, condenó a muerte algunos caballeros ausentes, derribáronse las casas principales de Alonso de Cárcamo, Sr. de Aguilarejo, y de Bernardino de Bocanegra porque se hallaron en la prisión del alcalde: sentenciaron al Marqués en perpetuo destierro de la ciudad de Córdoba, él y sus descendientes, y de Andalucía a voluntad del Rey, y que se derribase la fortaleza de Montilla y parte de sus casas de Córdoba: quedaron sentidos de la sentencia con el Gran Capitán los Grandes de España, aumentóse el enojo viendo al Duque de Medina, D. Enrique y su tío D. Pedro Girón desterrados de Sevilla: después perdonó S. A. al Marqués de Priego, D. Pedro y lo casó con su prima hermana, hija de Don Enríque Enríquez el de Baeza, y su mayordomo mayor y de su mujer D.ª Juana de Luna, gran señora de Aragón.

(CONTINUARÁ) *Miguel Angel Orti Belmonte.*